Núm. 7.º 10 de Enero de 1861. Año I.

## LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS.

..... No tiene á su favor el prestigio de lo pasado ni la importancia de lo presente. Si las provincias le rinden homenaje, es semejante al que prestaban opulentos y altivos barones á un soberano débil y empobrecido.

(Cuadrado, Recuerdos de España.)

La orgullosa villa que orna su frente con la corona de España, sin otros títulos para honor tan alto que el capricho de un monarca que, al fijar en ella su sólio, cometió grave desacierto segun confesion de sus mismos parciales, carece de poesía y de recuerdos. En efecto, en vano se pedirian á Madrid gloriosos timbres de los antiguos tiempos, ni suntuosos monumentos pintados por la mano de los siglos de aquel grave color de hoja seca, «que hace de su vejez la edad de su belleza [1].» ¿Dónde encontraria el arqueólogo dentro de su recinto muestras del severo género romántico ó bizantino, del majestuoso gótico-germano, del muy gallardo del renacimiento [1], ó del delicadísimo arábigo, que en tanto acópio atesoran nuestras poblaciones, desde las más olvidadas aldeas del Norte hasta las populosas ciudades del Mediodía? Solo encontraria, con ligerísimas escepciones, mezquinos edificios, sin belleza, sin historia, sin arquitectura, como alzados en los dias en que este noble arte habia ya muerto. Tampoco la estéril y árida campiña de la que fué *capital de dos mundos*, y el escaso arroyo que al saludarla de léjos huye como avergonzado de su pobreza á esconderse entre la arena, sonrien al trovador, que en busca de inspiraciones habrá de peregrinar á nuestras romancescas montañas de Astúrias ó Galicia, á la monu-

[1] Victor Hugo.

[1] Del órden gótico-germano no conocemos en Madrid otros tipos que el hospital de la Latina, la iglesia de San Gerónimo y el sepulcro de doña Constanza de Castilla en el coro de Santo Domingo el Real. El renacimiento presenta tan solo la capilla del obispo en la parroquia de San Andres, y la de los Bozmedianos en Santa María.

Biblioteca Nacional de España

mental Toledo, ó á la arabesca Sultana que, coronada de flores, duerme á orillas del Genil.

Despues de investigar cuidadosamente los trabajos literarios, ya publicados ó inéditos, de los escritores que se ocuparon de la coronada villa, tan solo hemos logrado reunir las tradiciones que aquí vamos á recordar, que si no tan bellas y poéticas como las que ostentan otras ciudades, tienen la señalada ventaja de estar simbolizadas con memorias materiales, que si bien humildes, las preservan del olvido y las revisten á los ojos de los devotos de la autenticidad que un dia les prestara la piadosa, si no ilustrada, fé de nuestros abuelos.

## I.

### Padre devoto y cruel.

Corrian los años 720. España, cargada de cadenas, lloraba con ardientes lágrimas su perdida libertad. Sus reyes tenian á la sazon por único palacio el hueco de un peñasco allá en el país de los indómitos astures, únicos que no humillaron la cerviz al yugo sarraceno, y que sustentaban con robusto brazo la noble enseña en que estaban escritas como blason las mágicas palabras *Fé, Patria y Libertad*. La desolada *Magerit* veia flotar sobre su fuerte muralla « fabricada de fuego [1] » el pendon de los muslimes, y conservaba tan solo de sus tesoros religiosos el venerando simulacro de la Vírgen, que Pedro, el primer apóstol de Dios, trajera de Antioquía y dejara como recuerdo de su predicacion en el *Campo de Atocha*. Empero en su altar no ardia ya el incienso, pues que la mano del infiel le habia recientemente derruido, realizando su impío propósito de trocar el culto del Dios Crucificado por el del dios de Mahoma.

¿Quién es aquel caballero de noble faz, de alzada estatura, de robusto brazo, y tan esforzado como piadoso, que al gran trote de su alazan se dirige á la asolada ermita? Es *Gracian*, de la noble alcuña de *Ramirez*, que abandonando su castillo de Rivas, orillas del Jarama, donde lloraba en el retiro el baldon y la cautividad de la patria, va en busca de la santa efigie de Nuestra Señora, para salvarla de los ultrajes é injurias de los muslimes. Mas en vano, con el afan de la jóven madre que perdiera el primer fruto de sus amores, investiga los humeantes escombros..... La Santa Vírgen que fuera su talisman en las lides, su consuelo en los dias de infortunio, la patrona y abogada de su noble linaje, habia desaparecido. Lágrimas corrieron por el rostro del invencible godo, del guerrero encanecido en los combates, del que en la rota de Guadalete hiciera morder el polvo á una veintena de muslimes, y doblando la rodilla, oró devotamente. Tornaba triste y desolado á su castillo, cuando un sobrenatural resplandor que envolvia á cierta mata de *bellico* que crecia cercana á la senda que llevaba, le llenó de asombro. Echó pié á tierra, y descubrió con tanto gozo como sorpresa la sagrada Imágen que buscaba, que los ángeles habian ocultado en aquel sitio. Adoróla fervoroso el paladin, y con amoroso respeto intentó tomarla para depositarla en la capilla de su castillo. Mas su brazo quedó inerte, y fuerza oculta y sobrenatural le impidió todo movimiento. Entonces oyó una voz que le reveló era la voluntad de Dios y de la Vírgen edificase en aquel mismo lugar un nuevo templo, el que duraria lo que el mundo. Presuroso en acatar el mandamiento del Cielo, dió comienzo á la fábrica por su propia mano al rayar el alba del siguiente dia, coadyuvado por su virtuosa esposa, sus dos bellísimas hijas, y por sus vasallos y domésticos, que empuñando fuertes lanzas velaban por la seguridad de los piadosos obreros. De pronto, apercibidos los moros que ocupaban á Magerit, reúnense arrebatadamente y salen en busca del noble Gracian. Iba á tener lugar un sangriento combate, y visto el escaso número de los cristianos, no era verosímil su triunfo si Dios no les favorecia con un prodigio. Turbóse la acendrada fé del paladin, y pensó que, muerto ó cautivado, sus hijas, las prendas de su corazon, quedarian á merced de los bárbaros y serian mísero despojo de su torpe desenfreno.

[1] Frase de Juan de Mena y otros poetas, en alusion á estar construida la antigua fortificacion de Madrid con piedras de chispa.

Biblioteca Nacional de España

*Padre devoto y cruel,* volvióse á las dos cándidas doncellas, y mostrándoles en brevísimas razones el horrible porvenir que les aguardaba, las persuadió á recibir la muerte de su mano. La infelice madre cayó agobiada por el más fiero dolor, y las dos niñas, hincándose abrazadas al pié de Nuestra Señora, inclinaron resignadas, como en otros dias el piadoso Isaach, sus hermosos cuellos de cisne ante el acero paterno. Poseido de un terrible vértigo, vertiendo amargo llanto é invocando á la Santa Vírgen, cortó Gracian aquellas cabezas por las que diera gustoso la suya, y cual un tigre furioso acometió á los alarbes seguido de los suyos. No fué dudosa la batalla; pues Dios, que peleaba con el brazo de su siervo, alcanzó tan gran victoria, que no solo quedaron tendidos en el campo de Atocha los que contra Gracian salieran, sino que todos los que en la villa quedaran hubieron de abandonarla, y huyeron humillados á Toledo en busca de refugio. Mas entre los cantos de triunfo de los cristianos vencedores resonaban los gemidos de su desdichado caudillo, que abrumado de remordimientos, lloraba con tardías lágrimas su doble parricidio y su poca fé en el Cielo, que con tantos favores le honrara. Corrió á la santa Imágen objeto de su devocion en busca de perdon y de consuelo, y encontró el más estraño portento que sus ojos rehusaban creer. Las dos doncellas, restituidas á la vida y penetradas de piadosa gratitud, daban con su buena madre gracias á la Vírgen por la victoria de Gracian y por su milagrosa resurreccion. Restaba de esta, como único recuerdo, una línea roja indeleble que señalaba el rastro de la espada que sus cabezas cortara, y que fué durante su vida testimonio vivo de la omnipotencia de Dios [1].

N. C. de CAUNEDO.

[1] En el antiguo templo de Atocha estaba pintado este milagro, que sirvió de asunto á una comedia de Rojas. Al duque de Rivas, poseedor de la antigua casa de los Ramirez de Madrid, se le reconoce como descendiente de Gracian.

---

## LA ABUELITA,

### Ó CUENTOS DE LA ALDEA.

—

A MI HIJA MARIA DE LA GLORIA.

Vas á cumplir un año, mi adorada Gloria, y yo voy á dar principio á la tarea de crear un libro donde aprendas la moral divina, la virtud y las buenas costumbres. Tarea gratísima para mi corazon de madre, y que llevaré á cabo con la ayuda de Dios, mientras velo junto á tu cuna tu inocente sueño. No serán mis lecciones áridas y empalagosas, sino entretenidas y agradables, pues las presentaré en formas suaves y delicadas, bajo los dulces tipos de encantadoras niñas que practican la virtud léjos de las ciudades, con la sencillez de la vida del campo, y protegidas por el influjo santo de edificantes y puros ejemplos.

De este modo, cuando tu razon comience á desarrollarse, podrás apreciar mi trabajo, y comprender el móvil que me impulsa á formar esta coleccion de cuentos, y que no es otra que la de hacerte buena hija, buena esposa, y buena madre de familia, si imitas los tipos que presentaré á tus ojos.

Si consigo mi objeto, seré muy feliz, y mi satisfaccion inmensa; porque mis sencillas historias han contribuido á labrar la dicha de mi adorada hija, de la que hoy es el encanto de mi existencia.

Faustina SAEZ DE MELGAR.

No hace muchos años que en una pintoresca aldea, situada en la orilla del Tajo, vivia una honrada familia. Componíase de la abuela, anciana sexagenaria, de su hijo D. Rafael, su esposa Doña Cármen, y una caterva de chiquillos, dichosa prole con que el Señor habia coronado su himeneo.

No haré detenidamente el retrato de cada uno, porque los irán conociendo mis lectores poco á poco, segun avancemos en nuestra historia. Ahora los veremos á todos agruparse en rededor de una gran mesa donde su buena madre les sirve la cena, presidiendo la alegre reunion la decana de la familia.

Biblioteca Nacional de España

Su posicion de ricos hacendados les permitia vivir con el mayor desahogo, y no se advertia jamás en aquella casa miserias ni escaseces.

Para los que no hayan visto el hogar de un labrador, les haremos brevemente una ligera descripcion. Las casas son casi todas de un solo piso, compuestas de anchurosas habitaciones, con rejas á la calle ó á los huertos. A la derecha de la puerta está la gran cocina, y junto al fuego una porcion de criadas y criados saborean una abundante y bien condimentada sopa. A la izquierda, en una sala bastante grande, con su moderna chimenea, está reunida la familia de D. Rafael. Los muebles de esta habitacion son sencillos, y resplandece por do quiera el más esmerado aseo. A los dos lados de la chimenea hay dos enormes y antiquísimos sillones, que ocupan generalmente la abuela y el jefe de la casa. En una sillita baja se sienta su esposa á hacer labor hasta las ocho, que se levanta y acuesta á sus hijos, ayudada de la niña mayorcita, que tiene catorce años.

—Abuelita, dijo Federico, el mayor de los niños, cuéntenos V. una historia de aquellas tan bonitas que V. sabe.

—Cuando aprendais la leccion, contestó la anciana tomando la calceta y aproximándose al fuego.

—Yo ya la sé.

—Y yo.

—Y yo, contestaron todos los niños á un tiempo.

—¿No me engañais?

—No señora, dijo César: la hemos estudiado antes de cenar; y si no, verá V. qué pronto se la esplico toda.

—Calla, parlanchin, repuso Amparo, que era la niña mayor; si te pones á decir la leccion, darán las ocho, y no tendrá la abuelita tiempo de contarnos el cuento.

—Tiene razon la hermanita, dijeron otros.

—Sí, sí, abuelita; una historia, una historia....

El clamor de la infantil reunion era general, y tuvo necesidad su madre de hacerlos guardar silencio, diciéndoles que ya iban á dar las ocho, y solo les quedaba el tiempo preciso para rezar las oraciones de la nocbe.

—¡Qué lástima! murmuraba Evangelina con tristeza.

—¡Abuelita! repuso Maria de la Gloria colgándose al cuello de Doña Tomasa, pida V. permiso á madre para que nos deje hasta las nueve.

—Yo se le pediré, dijo Hernan, el más pequeño de los niños.

—Si, sí, á tí no te niegan nada; ve, hermanito, y que nos concedan esta gracia.

—Voy corriendo.

Se levantó el gracioso niño, y dirigiéndose á su madre, esclamó con mimoso acento:

—Señora madre, ¿quiere V. que no nos acostemos hasta las nueve, nos contará la abuelita un cuento?

—Si padre os da permiso, corriente.

—Concedido, dijo D. Rafael levantándose de la mesa, donde aún permanecia, para pasar á su despacho.

Todos los niños empezaron á gritar batiendo palmas con alborozo, y rodeando á la anciana señora, que quitándose los anteojos, los fué colocando á cada uno en su sitio, diciéndoles:

—Amparo y Federico, á mi derecha; César y Evangelina, á mi izquierda; y enfrente, formando corro, Hernan, Jesus, Enrique y María de la Gloria.

De esta manera colocó á los ocho niños, y luego que les hubo recomendado el silencio y la formalidad, volvió á ponerse los anteojos para continuar haciendo calceta, y con cascada y temblorosa voz refirió lo siguiente:

## ARTURO.

(Toda criatura, por humilde que sea su condicion, puede sernos útil en alguna cosa.)

Hace un año escasamente que habitaba la magnífica posesion del Palancar un caballero de Madrid, dueño de inmensas riquezas, y que debia ocupar un alto puesto en la córte, segun lo comprometido que estaba en política, y otras mil cosas que yo no os sabré esplicar. Lo cierto y verdad es, que más de cuatro veces le vi-

Biblioteca Nacional de España

mos venir huyendo á esconderse en estos valles, donde pasaba largas temporadas sin aparecer jamás en público. Únicamente su hijo Arturo venia alguna vez á la aldea, pero siempre dándose una gran importancia, y ostentando un lujo deslumbrador. Era muy orgulloso, y estaba acostumbrado desde pequeño al fausto y á la opulencia: así es que rara vez saludaba ni aun á los labradores más ricos de la aldea; nos llamaba palurdos, patanes, y no sé cuántas cosas más. Si á los ricos los miraba con desdén, á los pobres pastores y jornaleros los despreciaba burlándose de su miseria continuamente.

—¡El muy vanidoso! esclamó César; nosotros no somos así, abuelita; antes al contrario, respetamos y queremos á los pobres.

—¡Si callarás, parlanchin! gritó el juicioso Federico interrumpiendo á su hermano.

—¡Silencio, niños! repuso Doña Cármen, y no volvais á desplegar los labios.

Al escuchar la severa voz de su madre guardaron silencio, y Doña Tomasa continuó:

Ya tendria Arturo quince años, cuando una mañana pasó por el coto, ya sabeis está á una legua de aquí; iba con su ayo en un magnífico carruaje, tirado por cuatro arrogantes caballos. Al llegar á nuestra dehesa se detuvo un momento, apeándose por disfrutar el apacible ambiente de la mañana; en esto que se encontraron á Bartolo, el pastor, tendido en tierra, y llorando á lágrima viva.

—¿Qué hará este holgazan en medio del camino? dijo Arturo lanzándole una mirada de desprecio; mejor estaria trabajando.

—Parece que está herido, contestó el ayo: se oprime un pié con las manos, y llora el infeliz: ¿qué tendrá?

—Vamos, ayo, no le preguntes nada; déjale, no vaya á fastidiarnos con sus lamentaciones.

—¿Y si pudiéramos prestarle auxilio?

—¡Qué locura! ¡Iria yo á molestarme por un mendigo! Vamos, vamos al coche.

El ayo siguió al orgulloso jóven muy á su pesar, y cuando entraron en el coche, vieron al pobre pastor que medio arrastra se habia aproximado á ellos.

—¡Señorito! esclamó con lastimero tono, permítame V., por amor de Dios, ir hasta el pueblo inmediato en su carruaje, me colocaré con el lacayo.

—¡Vaya una pretension! dijo Arturo sin hacer caso del pastor, que le miraba con angustia.

Luego hizo un signo al criado para que cerrase la portezuela; pero Bartolo se interpuso, y juntando las manos en ademan de súplica, esclamó:

—¡Por piedad, señor! concédame V. lo que le pido; tengo á mi madre muy mala, y acaban de decirme que me llama para darme el último abrazo; he querido correr tanto por llegar á verla, que me he dislocado un pié, y no puedo andar.... ¡Oh! ¡por todos los santos del cielo, permítame V. ir á cerrar sus ojos, ó me moriré en este camino de dolor y desesperacion!....

—¡No puede ser! ¡imposible!.... murmuró Arturo mandando cerrar la portezuela.

—¡Oh madre mia! ¡madre mia! morirás sin recibir el último beso de tu hijo! gritaba el infeliz, y cayó en tierra medio ahogado por los sollozos.

El coche partió á escape, y mientras el pobre pastor lanzaba al aire sus lamentos, decia el orgulloso niño arrellanándose en los almohadones de raso:

—¡Pues no faltaba más! ¡ahora iría yo á llevar semejante estafermo en mi coche! ¡hubiera estado gracioso, no hay duda!

—Hubiera V. hecho una obra de caridad, dijo el ayo.

—Con más gusto le doy un puñado de oro, que llevarle en mi coche. ¡Si fuera una persona decente! vamos; pero esos miserables, confieso francamente, hasta me da repugnancia mirarlos.

—Hace V. muy mal en abrigar esas ideas, porque todos somos hijos de Dios.

—Es verdad, ayo; pero como decia mi abuela la condesa de la Estrella, hasta en el cielo hay gerarquías; y ocupando yo una posicion elevada, no puedo alternar con esa canalla miserable.

—El orgullo hacia delirar á la señora condesa, y V. la imita en este momento.

—Tenga V. la bondad de callar, repuso Arturo irritado; mi papá le tiene á V. á mi lado para que me enseñe las ciencias y los idiomas

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

que posee, no para insultar á mi noble abuela y á mí.

—Se equivoca V., niño; lo que yo hago es enseñarle la moral cristiana, haciéndole comprender que no debe nunca despreciar á los pobres, porque todos somos hermanos, y les debemos consideracion y respeto. ¡Quién sabe si ese infeliz que ha dejado V. anegado en llanto podrá algun dia prestarle algun servicio más grande quizá que el insignificante que demandaba de V.!...

—¡Oh! sí, por la gran posicion que ocupa podré esperar de él muchos favores, repuso Arturo con acento sarcástico.

—Toda criatura en la tierra, por humilde que sea su condicion, puede sernos útil en alguna cosa, esclamó el ayo con solemnidad. Téngalo V. entendido, y no olvide nunca mis palabras, si desea evitarse dolorosos desengaños.

Aquí fué interrumpida la conversacion por la llegada de unos señores que detuvieron al jóven: apeáronse, continuando á pié hasta la aldea. Cuando subian por el camino Toledano, cruzó por delante de ellos un caballo á todo escape; en él iban montados vuestro padre, que fué más compasivo que el orgulloso Arturo, y el pastor Bartolo.

—¿Y fué padre, dice V., abuelita? preguntó César.

—Sí, hijo mio; pero no tengas la costumbre de interrumpirme.

—Una palabra solamente, esclamó Amparo: ¿pudo al fin abrazar á su madre?

—Sí, y la salvó la vida, pues la infeliz moria de necesidad, y fué socorrida tan á tiempo por su hijo, que aún vive y le quiere con delirio.

—El reló está dando las nueve, hermana; ¿no lo oyes? dijo Hernan en voz baja á Evangelina.

—Cállate, no lo digas, repuso esta.

Doña Cármen, que guardaba el órden más invariable en el interior de su casa, apenas escuchó la última campanada, dejó su labor, y levantándose dijo á sus hijos:

—Niños, á besar la mano á la abuelita, despues á padre, y á rezar las oraciones para irse á la cama.

Sin decir una palabra se levantaron todos, abrazaron á su abuela y á D. Rafael, y entraron en una salita pequeña, donde habia un altar con una imágen de la Vírgen del Cármen. Arrodilláronse, alzando, acompañados de su buena madre, sus inocentes preces al Eterno.

(Se continuará.)

Faustina SAEZ DE MELGAR.

---

## ENTRADA DE ISABEL I EN GRANADA.

### I.

Hacia cerca de ocho siglos que empezara la reñida lucha entre españoles y sarracenos, defendiendo aquellos el poder de la Cruz y la verdad del Evangelio, y estos la de la cimitarra y el Coran, disputándose invasores y naturales la España meridional, última trinchera en que se escalonaran los mahometanos, presintiendo en el fondo del alma que debian conservar espedito el camino de Africa, para repasar el Estrecho que con tanto denuedo habian cruzado, y ocultar la vergüenza de las contínuas derrotas en el corazon de sus bosques vírgenes á la podadera de la civilizacion, cuando entró en alto la cruz del Redentor en la ciudad muslímica disputada, y se proclamó vencedor por los siglos de los siglos al cristianismo.

Todo el poder, grandeza y magnificencia del Gran Tarif desapareció como fugaz meteoro, no quedando de su existencia y conquistas más que una página en la historia, un recuerdo material y mudo, en Toledo y Granada, y una tristísima idea de su falsa religion, cimentada en el error, levantada con la falsedad, y sostenida con la fantástica y exagerada imaginacion del pueblo oriental.

Pueblo descreyente, invasor, debia desaparecer del suelo ibero: era árdua empresa: varios reyes la habian acometido inútilmente; pero debia llevarse á cabo, y el triunfo estaba reservado á Isabel I de Castilla, á Isabel la Católica, que clavó el estandarte de la fé en la torre más alta de la Alhambra. El viento que azotaba la media luna, desplegó al aire en una risueña mañana de enero el pendon de Santiago.

La mujer que Dios dotó de abnegacion bas-

Biblioteca Nacional de España

tante para desprenderse de sus alhajas y fiarlas al mar en busca de otro mundo, que la recompensó con la América, tenia tambien el alma llena de fé; y comprendiendo que honraba á Dios destruyendo sus enemigos, acometiendo tamaña empresa, no desalentó hasta conseguir la victoria. La movió la fé, y esta le dió el triunfo.

II.

Conquistada toda la parte occidental y oriental del reino granadino, que comprendia Alhama, Loja, Vélez, Málaga, Baza, Almería y Guadix, se refugiaron en Granada los restos de la morisma, perseguidos por Fernando é Isabel, que con cinco mil caballos y veinte mil peones avanzaron por Sierra Elvira, llegando casi á los muros de la ciudad, talando y devastando las mieses y cuanto encontraban al paso; salieron en algarada los sitiados viendo que sus enemigos trataban de reducirlos á la miseria; pero tuvieron que retroceder al mayor número y encerrarse de nuevo, sin embargo que contaban entre los emigrados valerosos y esforzados campeones, emprendiendo la retirada los cristianos por la crudeza del tiempo y las escasas fuerzas, aplazando el sitio de la ciudad rebelde para la primavera de 1491.

Llegada esta, avanzó Fernando á la cabeza de cincuenta mil hombres entre caballos y peones, contingente de las provincias y de los nobles del reino, acampando en la vega, á dos leguas de la ciudad. La reina permaneció en Alcalá, para atender como siempre á las necesidades de la guerra.

Intimado Boabdil para que entregase á Granada, acordó en consejo de alcaides y alfaquíes la defensa pasiva de su ciudad, confiando en sus fuertes y provisiones; pero decayó su esforzado ánimo al ver levantar por encanto en la vega una ciudad rival del poder musulman: *Santa Fé.*

Desde aquel instante, desalentando el rey *Chico*, nombró á Abul-Caim para que pasase á hacer proposiciones de avenencia á los Reyes Católicos: recibieron estos al wazir con dulzura, y oida su embajada, otorgaron una tregua de setenta dias para arreglar las condiciones de la capitulacion, que se reducian á entregar todos los puertos y fortalezas de la ciudad.

Aun cuando las conferencias se celebraban de noche, con sigilo y cautela, unas veces en Granada y otras en la aldea de *Churiana,* asistiendo por los reyes Gonzalo de Córdoba y Hernando de Zafra, y por Boabdil, Abul Caim y Aben Comixa, traslució la plebe las negociaciones y la letra de sus cláusulas, y amotinándose, viése el rey *Chico* obligado á acelerar la entrega de su querida Granada, de la ciudad santa.

III.

Al dorar los rayos del sol del 2 de enero de 1492 las cumbres de Sierra Nevada y los fertilísimos campos de la vega, veíase á los capitanes, caballeros, escuderos, pajes y soldados del ejército cristiano vestidos de rigurosa gala conforme á la órden recibida la noche anterior, agruparse á las banderas. A pena de muerte estaba condenado el que aquel dia faltara á las filas. Los mismos reyes vestian de gran ceremonia, dejando el traje de luto que llevaban por la reciente muerte del príncipe D. Alfonso de Portugal. Todo era movimiento y animacion en el campamento de los cristianos, y una alegría inefable se veia pintada en el rostro de los combatientes. En esto retumbaron por el ámbito de la vega tres cañonazos disparados desde los baluartes de la Alhambra: era la señal convenida para que avanzasen los cristianos á tomar posesion de la ciudad muslímica. Diéronse al aire las banderas, y comenzó la marcha, yendo delante el gran cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza, y atravesado el Genil, emprendia la cuesta de los Molinos, cuando saliendo Boabdil por la puerta de los *Siete Suelos* con cincuenta nobles moros de su casa y servidumbre, se presentó á pié al gran sacerdote cristiano, que apeándose tambien, salió á su encuentro, y saludándose respetuosamente, apartáronse á un lado, y despues de breves palabras dijo en alta voz el príncipe musulman con triste acento:

—Id, id en buen hora, y ocupad esos mismos alcázares en nombre de los poderosos reyes á quienes Dios, que todo lo puede, ha querido

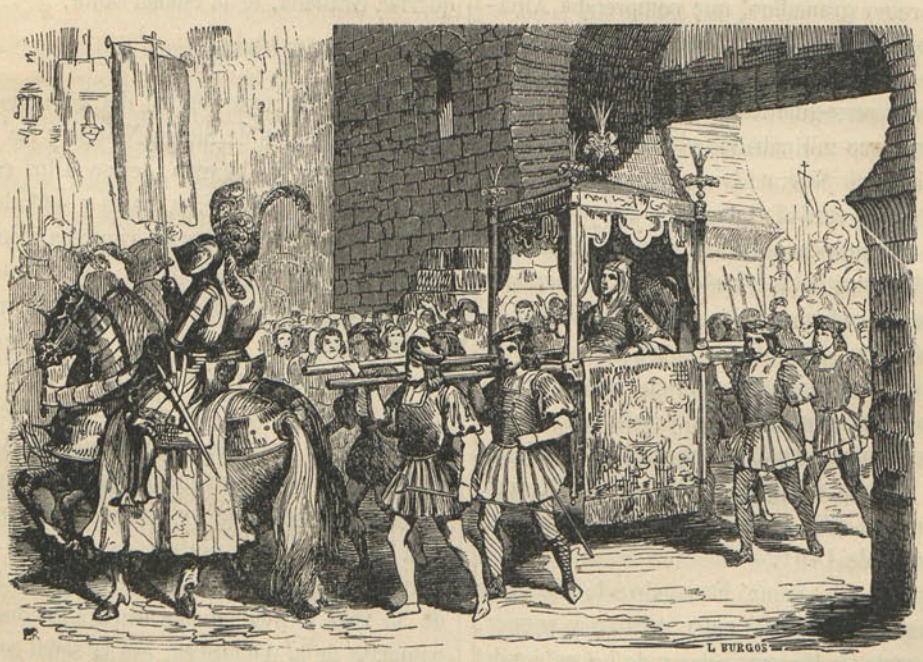
Biblioteca Nacional de España

entregarlos por sus grandes merecimientos y por los pecados de los musulmanes.

Y se despidió del prelado con ademan melancólico y visiblemente conmovido.

Mientras el cardenal con su hueste proseguia su camino y tomaba posesion de la Alhambra, el rey moro cabalgaba seguido de su comitiva, y bajaba al encuentro de Fernando, que esperaba á la orilla del Genil, junto á una pequeña mezquita, consagrada despues bajo la advocacion de San Sebastian. Al llegar á la presencia del monarca vencedor, el vencido hizo demostracion de querer apearse y besarle la mano en señal de homenaje; pero Fernando se apresuró á impedirlo y contenerle. Entonces se acercó Boabdil, y le presentó las llaves de Granada diciéndole:

—Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado:



Entrada de Isabel I en Granada.

estas son, Señor, las llaves de este paraíso; esta ciudad y reino te entregamos, pues así lo quiere Alá, y confiamos que usarás de tu triunfo con generosidad y clemencia.

Abrazóle con efusion Fernando, y le consoló diciendo:

—Es deber del hombre resignarse á la voluntad del Altísimo y respetar sus misterios; pero no dudes que con mi amistad ganareis lo que os ha quitado la adversa suerte de las armas.

Volviéndose entonces el rey moro al conde de Tendilla, nombrado gobernador de la ciudad, sacándose un anillo del dedo, le dijo:

—Con este sello se ha gobernado Granada; tomadle para que la goberneis, y Dios os dé más ventura que á mí.

Y despidióse el infortunado príncipe, dejando á todos enternecidos y afectados, encaminándose la triste comitiva á Almilla para presentarse á la reina Isabel, que además de recibirla benigna y afable, restituyó á Boabdil su hijo, que era uno de los jóvenes nobles que guardaba en rehenes, y se les albergó en *Santa Fé*, en la misma tienda que ocupara el cardenal, dándoles esmerada y cordial asistencia.

## IV.

Hacia unas horas que partiera el cardenal Mendoza para tomar posesion de la Alhambra,

Biblioteca Nacional de España

y reinaba en Granada pavoroso silencio. La reina Isabel, colocada en una pequeña eminencia de Almilla, tenia fijos sus ojos en las torres de la Alhambra, y sentia latir su corazon de impaciencia no viendo ondear todavía en el palacio árabe la enseña del cristianismo. En esto hirió su vista un resplandor que llenó su pecho de alegría. Era el brillo de la cruz de plata que el rey Fernando llevaba en las campañas, plantada en la torre llamada hoy de la Vela. A su lado vió tremolar el estandarte de Castilla y el pendon de Santiago.

—Granada, Granada por los reyes D. Fernando y Doña Isabel!—gritaron en alta voz los reyes de armas con entusiasmo.

Y el júbilo se difundió por todo el ejército. Vivas y salvas resonaron por toda la vega. Isabel y Fernando se postraron de rodillas mirando á la cruz; el ejército se postró tambien, y los prelados, sacerdotes y cantores entonaron el *Te Deum laudamus*. Terminado este, incorporáronse la reina y el rey y dieron á besar las manos á los nobles que les habian ayudado á la colosal empresa, y entregó el rey las llaves de Granada á la reina, la cual las hizo pasar de las manos del príncipe D. Juan al conde de Tendilla, gobernador de Granada.

V.

Aun cuando Granada quedó sometida á los Reyes Católicos en 2 de enero, la entrada triunfal no se efectuó hasta el 6, dia de la Epifanía. Seiscientos cristianos arrancados á la esclavitud y sacados de las mazmorras en que yacieran, rompian la marcha, llevando en sus manos los hierros con que habian estado encadenados, cantando letanías y alegres himnos; tras ellos marchaba una lucida escolta de caballeros, cuyas limpias armas y bruñidos arneses deslumbraban la vista; seguia el principe D. Juan, vestido de toda gala y acompañado del gran cardenal Mendoza y del obispo electo de Granada, Fray Fernando de Talavera, ambos montados en mulas y con los ropajes sagrados; inmediato á la reina, que iba en una lujosa litera llevada en hombros de ocho pajes, cabalgaba el rey en su soberbio caballo, circundado de la flor de la nobleza castellana y andaluza, llevando delante el pendon de Santiago, y cerraba la marcha el grueso del ejército al son de marciales cajas, pífanos y trompetas, ostentando los estandartes de los grandes y de los condes que habian tomado parte en el sitio, que duró nueve meses.

La solemne procesion entró en Granada por la puerta de *Elvira*, recorrió algunas calles y plazas entre el asombro y respeto de los moros, y subió á la Alhambra, donde sentándose los Reyes Católicos en un soberbio trono que en el salon de Comares les tenia preparado el conde de Tendilla, dieron á besar sus manos á los nobles y magnates de Castilla y á los caballeros moros que quisieron rendir homenaje á los nuevos soberanos.

Así se efectuó la ceremonia de la entrada de Isabel I en Granada.

Faustino BASTÚS.

---

## LA INOCENCIA Y LA MALICIA.

LA MALICIA.

Niña inocente,
Que adormecida
Pasas la vida
En dulce paz;
¡Ay! tú sonries,
Y la ventura
Retrata pura
Tu hermosa faz.

—

Feliz en esa
Tan grata calma,
Ignora tu alma
Lo que es dolor;
Mientras yo triste
Con mis desvelos,
Siento hasta celos
De tu candor.

—

Mas... nécia he sido
En contemplarte,
Que á despertarte
Debo venir,
Y con destreza
Mi agudo acento,
En el momento
Te haré sentir.

Biblioteca Nacional de España

LA INOCENCIA.

Déjame dormir, malicia,
Déjame en mi blando sueño;
¿Por qué con tal cruel empeño
Me quieres tú despertar?

LA MALICIA.

Porque ha llegado la hora
De que abras, niña, los ojos,
Y conozcas los abrojos
Que en tu senda has de encontrar.

LA INOCENCIA.

¡Ay! pues con ellos cerrados
No hallé sino bienandanza,
¡Y ya la desconfianza
Pretendes que quiera ver!
Tú me dices que á los hombres
La verdad parece odiosa,
¡Cuando es su luz tan hermosa
Que ella esclarece mi ser!

---

Tú me hablas de mil peligros,
De falsedades y engaños,
Y de cosas que á mis años
Aun no acierto á prevenir.
¡Oh! con qué afan, inhumana,
Disipar mi encanto quieres
Amargando los placeres
De mi tranquilo vivir.

---

«Pensando mal, no hay engaño,»
Esta es tu comun sentencia:
¡Ay! no me enseñes tal ciencia,
Que á ella se opone mi fé.
¿Qué será para mí el mundo
Por tus consejos llevada?....
¡Será una horrible morada
En la cual me perderé!....

---

Mas la razon, que es mi guia,
Claramente me demuestra
Que no eres hábil maestra
Para poder dar leccion;
Pues las dudas y recelos
Que á toda enseñanza aplicas,
Es un estudio en que indicas
Tu falta de comprension.

---

Temiendo siempre asechanzas
Mil traiciones imaginas,
Y hallas agudas espinas
En donde quiera que estás.
Cual la nave que fluctúa
A impulso de crudos vientos,
Así entre azares violentos
Con rumbo torcido vás.

---

¿Por qué niegas que en el hombre
Hay sentimientos leales,
Y á todos juzgas iguales,
Siendo tan grave este error?
Si tu ingenio fuese claro
De otro modo juzgarias,
Y jamás confundirias
El abrojo con la flor.

---

Esto la razon me advierte,
Y á tan sábia consejera
Debo la fé verdadera,
*Que es acatar la virtud.*
Huye pues, tú que envidiosa
A despertarme has venido;
Huye, que no has conseguido
El robarme la quietud.

---

Cuando así la niña habló,
Por su conciencia inspirada,
La malicia anonadada,
Fugaz desapareció.

Micaela RIFÁ.

---

## LOS DOS MANZANOS.

(Imitado del aleman.)

Un niño se quejaba á cada instante de lo mucho que le hacian trabajar todos los dias para instruirse en las primeras letras, y preferia jugar y hacer en todo su capricho, á amoldarse al estudio y al trabajo.

Su padre, que le sacaba á pasear algunas veces, le llevó una tarde á un bosque, y fijó su atencion en un manzano salvaje, que no tenia más que frutos ásperos y tan verdes, que era de todo punto imposible el comerlos. El niño le preguntó por qué aquel árbol no ofrecia las hermosas y dulces manzanas que los otros árboles que habia en el jardin de su casa, y el padre, que deseaba esta pregunta, se apresuró á decirle:

—Hijo mio, si este manzano no se parece en nada á los de mi jardin, cuyos frutos son tan sabrosos, es porque ha estado siempre abandonado, mientras que los otros han sido cultivados con el mayor esmero. Lo mismo te pasaría á tí si te dejásemos abandonado sin cultivar

Biblioteca Nacional de España

tu inteligencia con los estudios y sin guiar tu corazon con los buenos ejemplos; te asemejarias á este manzano del bosque, y no producirias nada bueno ni para tí ni para la sociedad.

El niño comprendió la leccion, y la aprovechó tanto, que en adelante estudiaba y trabajaba para no ser mirado con desprecio y poder ser útil á sus semejantes.

Julio NOMBELA.

---

## EJEMPLOS MORALES.

(Remitido.)

### LA LIMOSNA.

¡Cuán dulce y bienhechora es la limosna! Ella enjuga las lágrimas del pobre, alivia su miseria, y llena de consuelo su espíritu abatido. ¡Dichoso el que practica tan santo y piadoso deber, y socorre con mano compasiva al necesitado; porque él será bendito, y Dios le dará el premio merecido!

Ved si no la grata satisfaccion que causa, y el consuelo que ella proporciona:

Era una fria noche del mes de Diciembre, dia de la Natividad del Señor, y Federico, niño encantador de ocho años, habia mostrado vehementes deseos de ir con su aya á la misa del gallo, y rogó con tanta instancia á su madre para que accediese, que esta, que le amaba tiernamente y que no sabia contrariarle, consintió al fin con lo que le pedia.

Federico habia recibido de su mamá por via de aguinaldo una pequeña suma para invertirla en juguetes ú otra cosa que más le agradase, y contento en estremo habia destinado aquel dinero para comprar cierto objeto que hacia tiempo era su dorado ensueño.

Al llegar á la puerta de la iglesia Federico reparó en una mendiga cubierta de harapos, que con un infeliz niño en los brazos, amoratado y tiritando de frio, imploraba la caridad pública. Ante tan lastimoso cuadro de la miseria Federico no pudo menos de conmoverse, y en un arranque de tierna compasion dió á la mendiga todo el dinero que llevaba consigo.

Y aquellas monedas destinadas á frívolos juguetes sirvieron para socorrer á dos infelices séres que se morian de hambre y de frio.

La mendiga pagó su generoso desprendimiento con una mirada de gratitud, y en su eterno reconocimiento le echó mil y mil bendiciones.

Y aquella noche, gracias á la piedad de su jóven bienhechor, pudo buscar un abrigo en donde guarecerse con su hijo, y los dos por algunos dias no sufrieron los agudos tormentos del hambre.

De vuelta á su casa Federico, satisfecho con la buena obra que habia ejecutado, fué recibido por su buena mamá, que ya tenia noticias del hecho, la cual, abrazándole y cubriendo su frente de besos, le dijo enternecida:

—Hijo mio, la noble y virtuosa accion que acabas de hacer no quedará sin recompensa. Dios te bendecirá porque has sido caritativo, y has enjugado las lágrimas del pobre.

Y cuando Federico se acostó y se quedó dormido, su ángel tutelar velaba amorosamente á su cabecera y le cubria cariñoso con sus alas.

Gregorio LAGO.

---

## ORGULLO Y VANIDAD.

### I.

Carolina era una niña de nueve años, alta para su edad, y bien formada. Hija de padres muy ricos, habia visto satisfechos siempre sus deseos por la condescendencia de aquellos, que adoraban en ella. Esta condescendencia, hasta para sus menores caprichos, la habia hecho orgullosa, colérica y mal intencionada. Todo lo sacrificaba por cumplir su gusto. Por lo demás, tenia unos hermosos ojos negros, cara ovalada y muy graciosa, abundantes cabellos y boca diminuta. Vivia en un cuarto principal de una elegante casa de Madrid, y por las tardes bajaba al Prado en la carretela de sus papás. Todos estos goces aumentaban la altivez de su carácter. No podia sufrir que en su presencia se alabase á ninguna otra niña, porque se heria su amor propio, y en ella era escesivo este defecto. Y sin embargo, tenia buen fondo; era ca-

Biblioteca Nacional de España

ritativa para los pobres y respetuosa para los mayores.

Julia, que vivia en un cuarto segundo de la misma casa de Carolina, no tenia más que siete años; era hija de un valiente militar que habia muerto en la guerra siendo Julia de muy corta edad. Desde aquella desgraciada época habia permanecido siempre al lado de su virtuosa mamá, la que habia procurado grabar en el corazon de Julia las sanas máximas que abrigaba. No fué esto difícil. Julia, virtuosa naturalmente, y aconsejada por su mamá, llegó á ser el modelo de las niñas de su edad. Era sumamente bonita; rubia y de unos encantadores ojos azules, reunia á su belleza una *modestia* sin afectacion, una *caridad* sin límites, generosa, etc.

Las madres de las dos niñas se habian hecho amigas, y muchas tardes bajaba la mamá de Julia á casa de la de Carolina, en donde permanecia hasta bien entrada la noche. Naturalmente las niñas tambien se hicieron amiguitas. Carolina enseñaba con orgullo sus ricos trajes á Julia. Parecia que la hacia un honor dirigiéndole la palabra. Julia, sin humillacion, y solo por su benigno carácter, procuraba complacerla en todo. Al fin, Carolina no pudo oir sin enojarse que alabasen en su presencia á Julia, y empezó á demostrar su genio envidioso.

Las niñas en el jardin.

## II.

Una tarde salieron juntas á paseo en la carretela de Carolina, acompañadas de una aya y una criada, y se dirigieron á la Fuente Castellana. Llegadas allí, bajaron del carruaje y se pusieron á pasear por aquel ameno sitio.

Penetraron en un jardin donde habia toda clase de flores, y como era primavera, estaba delicioso; las blancas azucenas se confundian con las fragantes rosas, y las camelias, ricas en colores, si no en aromas, con las vistosas magnólias. Pasearon largo rato por las calles de árboles hasta encontrar al jardinero, que se ocupaba en regar. Dejó su trabajo al ver á las niñas, y dirigiéndose á ellas les dijo:

—Muy buenas tardes, señoritas. ¿Quieren Vds. flores?

Julia contestó: lo que V. quiera.

Carolina dijo secamente: sí.

Partió el buen hombre en busca de las más bonitas, y volvió con un hermoso clavel de vivísimos colores, que dió á Julia, y una rosa, bella tambien, que dió á Carolina.

Biblioteca Nacional de España

—Esta, un poco pálida de furor, dijo:

—Quiero otro clavel.

—¡Cuánto lo siento, señorita! Es el único que queda en el jardin. En verdad que es hermosísimo..... difícilmente hallará otro como él. Pero si quiere V. camelias, violetas.....

—No quiero nada, dijo ásperamente Carolina.

—Tómale, esclamó sencillamente Julia. Dame la rosa, que es lo mismo.

Carolina le echó una mirada furiosa. Creia que aquellas palabras la humillaban ante sus criados.

—Vamos á casa, dijo. Y temblaba y palidecia.

Julia no sabia qué hacer ni qué decir. Hubiera dado cien claveles como aquel por no disgustar á su amiguita.

Subieron al coche, y Carolina continuó silenciosa. Julia no sabia qué decir.

Al fin decidió romper el silencio y le dijo:

—Carolina, ¿no lo quieres?

—He dicho que no, y basta.

—¿Estás enfadada?

—No lo sé.

—¿Pero qué tienes?

—No te importa.

Y volvió á otro lado la cabeza. Julia sintió en el alma que la tratara así, mucho más no teniendo culpa alguna.

Llegaron á su casa, y Julia enternecida le dijo:

—Mi querida Carolina, yo he hecho mal en tomarlo; pero creí que no sería único. Yo te ruego me perdones. Acéptale..... No seas así.

—Eres muy tonta, dijo con despego Carolina: adios. Y se entró en su habitacion, cerrando tras sí la puerta.

Julia sintió vivamente este desaire; pero como era de genio tan dulce, no trató más que de desenojar á su amiguita. Subió á su casa y contó á su mamá lo que pasaba, diciéndole que ella habia tenido la culpa por tomar el clavel, y que no queria que por su causa tuviese ningun disgusto Carolina. Esta, por el contrario, dijo á sus padres que Julia era muy presumida y muy vana, y se creia digna de todos los homenajes; que habia tomado una flor destinada para ella y se habia puesto tan orgullosa. Sus padres, que á pesar de su cariño conocian su carácter, se lamentaban de estas cosas y sentian no poder corregirla por medios suaves.

Sin embargo, la Providencia por mil sabios modos se encarga de nuestra correccion sin que nos apercibamos de ello. Veamos cómo sucedió.

## III.

Carolina siguió tan incomodada ó más que antes con Julia. Al dia siguiente bajó esta á la habitacion de su amiga, y apenas quiso contestarla á las dulces palabras que la dirigió. Aquella tarde habia gran reunion en casa de Carolina: era el dia de su cumpleaños, y los padres habian convidado á bailar y divertirse á todos sus parientes, amigos y conocidos, contando entre ellos á la mamá de Julia. Despues de haber bailado mucho, sirvieron sorbetes y dulces: todos se divertian, pero las dos niñas continuaban separadas, á pesar de que Julia habia felicitado á Carolina, por ser en honor suyo la reunion de aquella tarde.

Un incidente imprevisto vino á concluir con aquella enemistad.

Carolina, aunque demostraba despego por Julia, lo hacia más por su genio que por ódio ni otra mala pasion. Dijimos que tenia buen fondo; pero su orgullo no la permitia ceder, á pesar de que ya se arrepentia de lo que estaba haciendo. Inquieta con esto, no podia sufrir nada; así es que al mandar á un criado que le sirviera un sorbete, como no fuera obedecida al momento, se encolerizó, y en un acceso de furia echó á rodar un hermoso jarron de porcelana del Japon que habia sobre una mesa, y que al caer se hizo mil pedazos. Todos los circunstantes se volvieron al sitio de la catástrofe. Carolina temió, no porque sus papás sintieran el valor del jarron, sino porque le habia roto por desahogar su cólera. La hubieran amonestado ante todos los convidados, y esto era para ella un tormento insoportable. Todos preguntaron:

—¿Qué es eso?

Biblioteca Nacional de España

—Nada..... dijo Carolina.

Los padres comprendieron lo que habia sido, porque no era aquella la primera vez.

Niña, es V. muy..... empezó á decir el papá.

Si he sido yo, dijo á la sazon vivamente Julia. He sido yo, que al ir á ver ese hermoso cuadro que representa á San Juan, he tropezado, y desgraciadamente he dejado caer el jarron de porcelana.

—Bien, bien, dijo el papá de Carolina, satisfecho porque se habia engañado en sus conjeturas. Esto no vale la pena. Vayan Vds. al jardin, niñas.

Carolina, cuando vió la noble accion de Julia, se enterneció, y desapareció toda su altanería.

Cuando llegarou al jardin dijo Carolina á Julia:

—Julia, amiga mia, no soy digna de ello; pero ¿me perdonas?

—Carolina mia, no hables así.

—He sido muy cruel.

—No tal. Es que yo.....

—No, no: tú vales mucho más que yo, lo conozco; pero desde hoy pienso corregirme: seré afable, bondadosa, humilde, y te querré tanto, Julia mia, te querré tanto, que te haré olvidar á la colérica Carolina, para que solo veas en mí á la niña modesta, y siempre tu amiga de corazon.

—Ven á mis brazos!

Y se abrazaron enternecidas las dos amiguitas.

—Toma, dijo Julia, toma este cuellecito que te habia bordado para regalártelo en tu cumpleaños. Como te vi así..... dudé.....

—¡Qué buena eres, Julia!

—Nada, nada; un abrazo, y seamos siempre amigas.

—Siempre.

—Siempre!

Y despues de esto subieron otra vez adonde estaba la familia, bailaron, jugaron, y desde aquel dia las une una amistad verdaderamente entrañable.

Ignacio VIRTO.

---

## HIGIENE DOMÉSTICA.

### III.

#### DEL VESTIDO DE LOS NIÑOS.

El que considere todo lo dicho, no se admirará de que perezcan de convulsiones tantas criaturas poco despues de nacer; estos ataques se atribuyen generalmente á alguna causa interna, pero en realidad las mas veces proceden de nuestra imprudente conducta. Yo he visto una criatura atacada de afectos convulsivos poco despues que la comadre la habia agarrotado, que se recobró sin hacer mas que quitarle las fajas, y no volvió á padecer despues. Muchos ejemplares podriamos añadir si fuese necesario.

Seria mas acertado asegurar la ropa de los niños con cordones ó cintas, que con alfileres; estos muchas veces les pican, lastiman su delicado cútis y causan muchos males.

En una criatura que murió de convulsiones se halló un alfiler que se le habia clavado mas de media pulgada, y sin duda fué la causa de su muerte.

No solo dañan á los niños sus vestidos por la opresion, sino tambien por la cantidad: todas las criaturas tienen algun grado de calentura despues de nacer, que se aumenta si se les carga de ropa. Y no es esto lo peor, sino que poniéndolos en la cama con la madre, que muchas veces está febricitante, se le añade el calor de la cama, el vino y otras cosas, que comun mente les dan acabadas de nacer; y cuando se juntan todas estas cosas, que no sucede con poca frecuencia, es preciso que aumenten la calentura á un grado que pueda costar la vida al recien nacido.

El riesgo de mantener con tanto calor á las criaturas evidencia más, si consideramos que, despues de haberlos tenido algun tiempo en la situacion referida, los envian fuera del pueblo á criar en una casa fria. ¿Será estraño que de una mudanza semejante adquiera el niño un resfriado mortal ó contraiga otra fatal enfermedad? Cuando una criatura se mantiene en tanto calor, no teniendo sus pulmones suficiente dilatacion, se disponen á quedar débiles y flacos toda

Biblioteca Nacional de España

su vida, de que resultan toses, consunciones y otros males del pecho.

No es de nuestro asunto espresar las piezas de que debe componerse el vestido propio para una criatura, porque varía segun la costumbre del país y el gusto de los padres; pero la regla general que se ha de observar es no ponerles mas ropa que la que necesiten para estar abrigados, y que sea desembarazada y deje en libertad el cuerpo.

Las cotillas son la destruccion de las criaturas: no bastaria un tomo en fólio si quisiéramos enumerar los malos efectos de esta ridícula parte del vestido de los niños; la locura que los ha protegido parece que ya se va corrigiendo, y debemos esperar que el mundo conozca con el tiempo que la figura humana no depende de las ballenas ni del acero.

Solo tenemos que añadir, en cuanto al vestido de los niños, que siempre deben estar perfectamente limpios. Estos traspiran mas que los adultos; y si no se les muda la ropa con frecuencia, les es muy perjudicial, porque la porquería, no solo roza y gasta el tierno cútis de los niños, sino que ocasiona mal olor, y lo que es peor, cria gusanos y produce enfermedades cutáneas.

La limpieza y el aseo, no solo son agradables á los ojos, sino que contribuyen mucho á preservar la salud de los niños; promueve la traspiracion, y por este medio libra el cuerpo de los humores supérfluos, que detenidos, no podrian dejar de causar enfermedades. Ninguna madre ni ama pueden tener disculpa de no mantener limpia su criatura: la pobreza podrá obligarla á vestirla de lienzo ordinario; pero si no le conserva limpio, será por culpa suya.

---

## HENRI VIII ET L'ÉVÊQUE.

Henri VIII, roi d'Angleterre, s'étant brouillé avec le roi de France François Ier, résolut de lui envoyer un ambassadeur et de le charger pour ce prince de paroles fières et menaçantes; il choisit pour cela un évêque anglais, dans lequel il avait beaucoup de confiance et qu'il croyait très-propre à l'exécution de ce dessen. Le prélat ayant appris le sujet de son ambassade et craignant pour sa vie, s'il traitait François Ier avec la fierté que son maitre exigeait, lui représenta le danger auquel il l'exposait, et le pria instamment de ne pas lui donner cette commission. «Ne craignez rien,» lui dit Henri VIII, «si le roi de France vous faisait mourir, je ferais couper la tête à tous les français qui seraient dans mes Etats.—Je vous crois, Sire,» répondit l'évêque; «mais permettez-moi de vous dire que de toutes les têtes que vous auriez fait couper, il n'y en a pas une qui revînt si bien sur mon corps que la mienne.»

---

## PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

El enojo y el mal humor suelen ser hijos de la ociosidad y de la pereza.

——

Cuando aspiramos á obtener una cosa, no vemos en ella más que sus perfecciones: desde el momento que la poseemos, ya no vemos en la misma más que sus defectos.

——

La razon humana es una tela delicada y ligera que la imaginacion rompe sin esfuerzo alguno; cada vez que nuestros deseos ó nuestras esperanzas se estienden más allá de los límites de lo posible, se adquiere un grado verdadero de locura.

——

No puede haber buena amistad sin religion.

——

Tratad á las mujeres con estimacion y respeto, que lo merecen por su sexo.

——

La economía es el orígen de la independencia y de la libertad.

——

La naturaleza humana es tan débil, que los hombres, por honrados que sean, no teniendo religion, me hacen temblar con su peligrosa virtud, como los danzantes de cuerda con sus peligrosos equilibrios.

(De Levis.)

Biblioteca Nacional de España

## EL BAILE EN LA EDAD MEDIA.

Siempre han sido los hombres aficionados al baile, admitido unas veces como ejercicio gimnástico y otras como medio de divertirse y solazarse. El baile se encuentra en todas las épocas y en todos los países, hasta en los más remotos y salvajes.

Desde los primitivos tiempos hasta nuestros dias se han conocido un sinnúmero de bailes. El que hoy esté más de moda y más en uso, el que parezca más elegante, mañana caerá en desuso y dará paso á otros bailes y otros géneros diversos de danzas.

Un baile en la edad media.

Durante la edad media estuvieron en boga una porcion de bailes que hacian las delicias de las damas y caballeros de aquel tiempo. Consta en un sinnúmero de libros y crónicas antiguas que despues de las fiestas, de los banquetes y hasta de los torneos y justas con que se solemnizaban ciertos acontecimientos, se bailaba, si bien por lo regular no hasta las avanzadas horas de la noche, en que en la actualidad se acostumbra. Debe tenerse presente que tambien eran otras las horas de las ocupaciones y de los banquetes. Todo se hacia más temprano.

El grabado que ofrecemos á nuestros lectores representa un baile campestre entre damas y caballeros del siglo XV, copiado exactamente de una viñeta que adorna un códice de aquel tiempo. Los caballeros van vestidos con los trajes de la última moda entonces, y las damas lucen los más elegantes tocados y adornos de la época.

F. JANER.

## ENIGMA HISTÓRICO.

(Esplicacion.)

Juana *la Loca*, hija y heredera de Fernando V de Aragon y de Isabel de Castilla, se casó en 1496 con Felipe *el Hermoso*, hijo de Maximiliano de Austria y de María de Borgoña. Era hermana de Catalina de Aragon, casada con Enrique VIII, rey de Inglaterra, y madre de Cárlos V. Esta desgraciada princesa perdió la razon por el escesivo cariño que tenia á su esposo y los continuos disgustos que le ocasionó este. La muerte de Felipe, acaecida en 1506, aumentó su locura, y no se apartó nunca de su imaginacion la idea fatal de que su esposo estaba viajando por España y que resucitaria al poco tiempo. Juana *la Loca* murió en 1553 á la edad de 73 años.

Felipe *el Hermoso*, príncipe generoso, leal, pero con pocas dotes de gobierno, fué rey de Castilla por su mujer en 1502, á la muerte de Isabel, muriendo á la edad de 28 años, de resultas de haberse entregado con esceso al juego de pelota. La corona pasó á su padre Fernando V.

## CUADRO ICONOLÓGICO.

Una jóven hermosa, primorosamente ataviada, con la cabeza erguida, altiva y desdeñosa, fija la mirada en los girones que se descubren debajo de su rico traje; está de pié sobre un globo, é inútilmente busca el equilibrio. A su lado tiene un pavo real.

*(La esplicacion en el número inmediato.)*

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

*Editor responsable*: **D. Ramon Vicente.**

MADRID: 1861.

IMPRENTA DE A. VICENTE, PRECIADOS, 74.

Biblioteca Nacional de España